

## DUARTE, EL PATRIOTA CALUMNIADO

Por Juan Daniel Balcácer

El general Juan Pablo Duarte, "ilustre dominicano que es al mismo tiempo una gloria antillana"<sup>1</sup>, según el decir de Máximo Gómez; "el verdadero y único fundador de la conciencia nacional dominicana"<sup>2</sup>, de acuerdo con Manuel Arturo Peña Battle; y a quien muy pocas personas le disputan su condición de *Fundador de la República Dominicana*, fue objeto de calumnias e infundios desde antes de materializarse su magna obra.

Duarte, desde que fundó la sociedad secreta La Trinitaria, se destacó por la firmeza de sus convicciones políticas y por su sólida actitud revolucionaria, siempre presta a defender los más puros intereses del pueblo dominicano.

A mediados del siglo XIX, los dominicanos arrastraban una historia repleta de vicisitudes y adversidades. La herencia colonial, de España, primero, y de Francia, después, a la cual se agregó la Dominación Haitiana, gravitaba fuertemente en la subconciencia de las masas e impedía el florecimiento de ideas más avanzadas en términos políticos. El sentimiento de la independencia de la férula colonial europea, si afloró en la psiquis de las masas durante los primeros cuatro decenios de la pasada centuria, apenas pasó de ser una quimera en la mente aislada de un grupito o mero conato revolucionario que fue ahogado en su génesis.

En ese aparente letargo de atmósfera colonial estaba sumido el pueblo dominicano cuando Duarte fundó La Trinitaria en 1838. Nuestros antepasados eran entonces alrededor de 10,000 personas, enmarcadas en clases sociales que para esa época no habían adquirido *conciencia de clase*, es decir, no constituían *clases para sí*, y por

tanto no habían asimilado la idea de la independencia pura y simple, según la habían concebido Duarte y sus amigos. En el Santo Domingo anterior, al 1844 había diversos grupos políticos: afrancesados, prohaitianos, hispanófilos, independentistas, y otros. Con la excepción de los *duartistas*, casi todos los grupos alentaban la idea de provocar una separación de Haití para luego gestionar un protectorado<sup>3</sup>.

Bajo ese clima político de virtual efervescencia, Duarte fue el primero, entre los dominicanos, en propugnar por la independencia pura y simple. Y como en ese sentido su posición fue a todas luces invariable, no tardó en merecer el desprecio de los conservadores, quienes hacia 1843 iniciaron una campaña difamatoria que le costó su primer exilio y el comienzo de una serie de vicisitudes que habría de experimentar el Patricio a cambio de su inconmensurable amor por el pueblo dominicano.

El primer atentado contra Duarte ocurrió hacia julio de 1843 cuando el presidente haitiano Charles Herard visitó Santo Domingo con el propósito de reducir a prisión a los cabecillas del movimiento dominicano que propugnaba por la separación de Haití. Sus enemigos se encargaron de suministrar al presidente haitiano una lista con los nombres de los revolucionarios; y Juan Pablo Duarte encabezaba la nómina delatora.

La persecución desatada en su contra fue tenaz, pero gracias a la colaboración de algunos ciudadanos que apoyaban las actividades del partido duartista, el hijo de doña Manuela Diez pudo ocultarse y abandonar luego la isla con destino a Venezuela, logrando así salvar la vida<sup>4</sup>. Como se sabe, sus compañeros en La Trinitaria continuaron los trabajos revolucionarios, y el 27 de febrero de 1844 se proclamó un Estado<sup>5</sup> que se llamó República Dominicana el cual quedó en manos de un gobierno provisional conocido como Junta Central Gubernativa.

A pesar de que el nuevo gobierno estaba dominado por antidualistas, una de sus primeras resoluciones fue enviar un buque a Curazao con el trinitario Juan Nepomuceno Ravelo para que trasladara al país a Duarte, Pérez y Pina quienes hacía siete meses probaban el amargo fruto del destierro. A su llegada al país, Duarte fue recibido con "la ovación más espléndida de que puede haber sido objeto un mortal afortunado al regresar del destierro a los lares patrios..."<sup>6</sup>.

El ilustre civilista don Emiliano Tejera, en brillante Exposición al

Congreso Nacional en 1894, y en la cual, según don Emilio Rodríguez Demorizi, realizó "la más bella apología de Duarte", describe la llegada del Maestro con estos términos:

"Las ventanas i puertas de las casas se iluminaron al saberse que el buque que había ido a buscarlo a Curazao, por orden del Gobierno, estaba en el puerto, i el día siguiente, 15 de marzo, fijado para el desembarque, las calles se poblaron de banderas de todas las naciones, predominando la dominicana, como un homenaje al que la había hecho emblema de una nacionalidad. Una comisión de la Junta Central bajó al muelle para recibirlo, i con ella el Prelado i todos los sacerdotes que había en la Capital. Las tropas, formadas en línea esperaban su llegada, i al poner el pie en tierra, el cañón lo saludó como si hubiera sido el jefe de la República. El Prelado lo abrazó cordialmente, diciéndole: ¡Salve, Padre de la Patria! El pueblo en masa lo victoreaba, i al llegar a la Plaza de armas, tanto él, como el Ejército, lo proclamaron Jeneral en Jefe de los Ejércitos de la República, título que no aceptó por existir un Gobierno, a quien le correspondía discernir las recompensas a que se hicieran acreedores los servidores de la Patria. Del palacio de Gobierno, a donde fue a ofrecer sus servicios a la Junta Central, se dirigió a su casa, llevado en triunfo por el pueblo i el Ejército, i allí, Sánchez, con aplauso de todos, i con su jenial franqueza, colocó él mismo banderas blancas en todas las ventanas, diciendo con su estentórea voz: "hoy no hai luto en esta casa: no puede haberlo. La Patria está de plácemes: viste de gala, i Don Juan mismo desde el cielo bendice i se goza en tan fausto día"<sup>7</sup> ...

Ese mismo día, Duarte fue designado miembro de la Junta Central Gubernativa y Comandante de Armas de Santo Domingo. De inmediato el Patricio quiso tomar parte activa en las contiendas bélicas que los ejércitos improvisados de la República Dominicana libraban con los haitianos, encontrando oposición en el caudillo Pedro Santana. Duarte intentó armonizar con el Chacal de Hinchá, pero sus esfuerzos fueron inútiles. Entonces solicitó permiso de la Junta para actuar con sus tropas y atacar a los haitianos y, en cambio, fue instruido para que se reportara a Santo Domingo donde, supuestamente, era necesitado. Los sucesos políticos fueron tomando un cauce contrario a las aspiraciones democráticas de Duarte; y éste no tardó en intentar apoderarse del poder político con el apoyo militar del General José Joaquín Puello, a fin de encausar la revolución dominicana por el sendero apropiado<sup>8</sup>. Desafortunadamente sus planes fracasaron. El poder político y económico quedó en manos de los conservadores y Duarte, al igual que sus compañeros

más destacados, fueron reducidos a prisión, acusados de haber traicionado a la patria, y deportados del país a perpetuidad.

Don Emiliano Tejera formula estos cuestionamientos: ¿Y quiénes eran esos asesinos de la Patria, esos reos de la lesa-nación, ese puñado de facciosos, esos enemigos de la nacionalidad dominicana, de su bandera, de su ejército, de su jefe? Las respuestas nos la brinda el mismo don Emiliano: “eran los fundadores de la República; los que durante muchos años se habían negado constantemente a pedir el apoyo extranjero, temerosos de comprometer el suelo de la Patria; los que sacrificando su patrimonio habían dado armas a ese ejército i libertad a ese grupo de sanguinarios ciudadanos para que ahora se sirviesen de una i otras para infamarlos, para destruirlos. Cinco meses antes eran *Libertadores de la Patria*; aún no hacía veinte días un *puñado de patriotas*, i ahora, sin haber faltado a lei alguna, enemigos de la nacionalidad, reos de la lesa-nación, criminales dignos de muerte”<sup>9</sup>.

Pero fue a partir de julio de 1844 cuando comenzaron a llover sobre el ilustre revolucionario los más acerbos epítetos.

1.— El general Pedro Santana, en una Proclama al Pueblo y al Ejército, llamó a Duarte “el anarquista, siempre firme en su loca empresa”. Lo acusó de estafador cuando afirmó que él había “arrancado cuantiosas sumas al comercio para gastos imaginarios o inútiles”. Lo tildó de engañar a ciudadanos sencillos; de instigador, ambicioso fatuo, y déspota. Para Santana y su clase, Duarte era un supuesto libertador cuyos méritos se reducían a “haber fugado del país a la entrada de Riviere en esta Capital, dejando a sus amigos y compañeros en el mayor peligro a causa de sus imprudencias...” Duarte, para la reacción de esa época, no era más que un “pretendido héroe” y un “libertador de nueva especie”<sup>10</sup>.

2.— El sagaz don Tomás Bobadilla, el autor del célebre Manifiesto del 16 de enero de 1844 —considerado como nuestra Acta de Independencia—, llamó a Duarte “joven inexperto” quien “lejos de haber servido a su país, jamás ha hecho otra cosa que comprometer su seguridad y las libertades públicas...”<sup>11</sup>.

3.— Y el cónsul francés Saint Denys en carta de mayo 14, 1844, catalogó a Duarte de “joven sin méritos”, “alborotador”, “vanidoso” e “intrigante”<sup>12</sup>.

Cuatro años después, siendo presidente de la República don Manuel Jiménez, se decretó una amnistía que beneficiaba a los

desdichados patriotas. Duarte, por entender que el poder político continuaba en manos de la misma clase que lo había enviado al ostracismo al igual que a su familia, prefirió permanecer alejado del suelo patrio. No quiso defenderse de sus enemigos, porque —como apuntó don Emiliano Tejera— para ello hubiera sido “preciso encender la guerra civil, i no fue para llegar a extremo tan deplorable, que él i sus beneméritos compañeros habían hecho sacrificios de todo jénero en los años empleados combatiendo la dominación haitiana. Para la Patria habían trabajado; no para ellos, i la Patria podía perderse del todo si se desunían los dominicanos. La historia dirá a su tiempo si obraron bien o mal desaprovechando la oportunidad de combatir la nueva tiranía que se entronizaba en el país; pero en cualquier caso no podrá menos de reconocer en sus actos desinterés i abnegación. Entregaron los brazos a las cuerdas de sus enemigos, i las cárceles dominicanas, en vez de criminales, guardaron Libertadores”<sup>13</sup>.

Durante la Primera República (1844—1861) sólo dos nombres brillaron en el firmamento político dominicano: Pedro Santana y Buenaventura Báez. El nombre de Juan Pablo Duarte fue relegado al más injusto olvido y pronunciarlo equivalía a una palabra infame. Cuando el patricio se enteró de que la República había sido anexionada a España, y que su amigo Francisco del Rosario Sánchez había sido inmolado, decidió regresar al lar nativo a ofrecer su modesto concurso al gobierno restaurador.

Su presencia en el país fue vista con cierto recelo en el seno del gobierno restaurador y como salida airosa le fue encomendada una misión diplomática en Venezuela que el patricio rechazó en principio, porque si él había vuelto a la patria a luchar, a quedarse en ella, a demostrar una vez más que era ante todo un patriota cabal; si había tenido que vivir en el destierro durante 20 años y en esos momentos podía permanecer libremente en su patria, como iba a desear marcharse! Pero Duarte se enteró de que su nacionalismo intransigente era tenido como un obstáculo a las ambiciones de ciertos políticos y ante esa situación, el patricio optó por aceptar el cargo para el cual se le había designado no sin señalar que si había vuelto a la patria después de tantos años de ausencia, había sido para servirla con el alma, vida y corazón, siendo cual siempre había sido motivo de amor entre todos los verdaderos dominicanos y jamás piedra de escándalo ni manzana de la discordia<sup>14</sup>.

En dos ocasiones anteriores, la bajeza de ciertos ciudadanos lo había lanzado inmisericordemente al ostracismo, y en ese momento tan heroico, como lo fue la guerra restauradora, cuya vanguardia la

integraban caudillos liberales, la ambición por el poder político pudo más que la justicia y se procedió a aislar del país al único hombre capaz de entorpecer los propósitos desnacionalizantes de la clase dominante. Duarte tuvo que haber abandonado su patria en un estado de ánimo harto depresivo y nostálgico. Y partió tal vez cabizbajo para Venezuela en donde se arropó con el manto del sepulcro el 15 de julio de 1876, a las 3 de la madrugada. Su devota hermana Rosa consignó en su *Diario* esta extraña coincidencia: Duarte se había pronunciado independiente a las 11 de la mañana del 16 de julio de 1838; y bajó a la tumba a las 11 de la mañana del 16 de julio de 1876, al cumplirse 38 años exactos de haberse consagrado a sólo vivir por su Patria<sup>15</sup>.

Tres años después del lamentable deceso del ilustre fundador de la República, el señor Domingo Rodríguez Montaña, regidor del Ayuntamiento de Santo Domingo, dio inicio al proyecto de repatriar las cenizas de Duarte y depositarlas en la Capilla de los Inmortales de la Catedral Primada de América, proyecto que se materializó felizmente el 27 de febrero de 1884. Se puede afirmar que a partir de entonces —como contraposición a un grupo de baecistas que carentes de un prócer sin manchas se dedicaron a exagerar la figura histórica de Francisco del Rosario Sánchez, en desmedro de la de Duarte— en Santo Domingo se fue gestando un grupo de distinguidos ciudadanos que se dedicaron a reclamar para el Patricio el justo título de Fundador de la República y de Padre de la Patria. Consecuencia de ello, nuestra independencia y sus principales actores devinieron temas de agudas polémicas entre grupos que demandaban para sus respectivos ídolos el más alto galardón procéreo de que puede disfrutar un humano: el de Padre de la Patria.

En 1889 las plumas de Manuel de J. Galván y José Gabriel García se enfrascaron en una recia polémica en torno de la figura de Pedro Santana. Aunque puede afirmarse que el historiador García, con la verdad en las manos, prácticamente destruyó todos los argumentos esgrimidos por Galván (verdadero arquetipo del ideal reaccionario y retrógrado de la intelectualidad dominicana del siglo XIX), cabe señalar que a raíz de dicha polémica el nombre de Santana fue rescatado del olvido y se comenzó a hablar de él como el fundador de la nacionalidad dominicana. Las facciones que entonces se originaron, “sanchistas”, “duartistas” y “santanistas” iniciaron una fuerte contienda orientada a colocar a sus respectivos ídolos en el más alto sitio del patriotismo dominicano. Se creó una situación tan caótica que el historiador García escribió, en 1897, que “no contentas las pasiones políticas, en su afán de regatear glorias a unos para atribuírselas a otros, con combatir a Duarte con Sánchez, a

Sánchez con Mella, y a los tres con Santana, apelaron..., a la invención de que la idea Separatista no fue obra de Duarte sino del padre Gaspar Hernández”<sup>16</sup>.

Con todo, la polémica —que alcanzó matices desagradables— se circunscribió alrededor de las figuras de Sánchez y Duarte. De ahí que Mariano Antonio Cestero afirmara que:

“Opositores inequitativos de los merecimientos sin mancilla de nuestros clarísimos Duarte i Sánchez, que resultan tales por dados a la ingrata tarea de proteger los de quien ha los suyos sombríos i maculados, desvívense batallando por arrebatárles lo que de ellos es propiedad exclusiva: la formación de la Nacionalidad Dominicana. Puestos en ese miserando propósito, idean para consumarlo: oponer prócer a prócer, pensando así achicar los timbres del uno con los timbres del otro, i dejar entrambos, por fuerza de la substractora confrontación, recíprocamente empequeñecidos, sin acervo de méritos (tal creen) para ganarse, en justicia i derecho, título de Padres de la Patria. La maligna táctica, sino superchera intriga, se desenvuelve así: Duarte, dicen esos sofistas, inicia la independencia, apostoliza enseñando i propagando el ideal, es cierto; pero lejos del país en el día de su realización tocóle a Sánchez presidir a ella; por lo tanto Sánchez... se hace superior a Duarte”<sup>17</sup>.

Una opinión interesante respecto de esas polémicas hasta cierto punto estériles, la emitió Rafael Abreu Licairac en 1894 cuando sostuvo que “esta nación no tuvo único fundador. Tuvo fundadores, decididos obreros de su independencia, insignes próceres de su redención política”<sup>18</sup>.

En 1894 se constituyó una Junta compuesta por distinguidos ciudadanos con el propósito de erigir una estatua a Juan Pablo Duarte, primero, y a los demás próceres de la independencia, después. Pero el general Juan Francisco Sánchez, hijo del prócer Sánchez, elevó su protesta y causó un verdadero cisma que impidió que se le erigiera una efigie a Duarte debido a que su padre (Francisco del Rosario Sánchez) a quien él consideraba “padre de nuestros héroes”, “verdadero autor del 27 de febrero de 1844” y “proclamador de la independencia dominicana”, era merecedor de igual distinción<sup>19</sup>.

La oposición al proyecto de erección de una estatua a Duarte fue efectiva y no fue sino en julio 16 de 1930 cuando fue develizada la imponente efigie del maestro en la Plaza que lleva su nombre. Se

escogió ese lugar porque había sido el escenario de su resonante victoria política en 1843.

Desde entonces, y a pesar de que a partir de 1894 el dictador Lilís dispuso que Duarte, Sánchez y Mella fueran oficialmente designados como "Padres de la Patria", no han faltado quienes se hayan dedicado a continuar con la campaña iniciada por la escuela santanista consistente en difamar al patricio Duarte y restarle méritos a su brillante trayectoria revolucionaria.

Es de lamentar que esas injustas imputaciones —en parte— hayan emanado de los descendientes del prócer Sánchez, quien fue un fiel discípulo de Duarte. Específicamente podemos citar el caso del doctor Carlos Sánchez y Sánchez, nieto y biznieto del mártir del Cercado, quien no sólo llegó a afirmar, repitiendo a Santana, que en 1843 el patricio decidió salir del país aún cuando Sánchez —dicen ellos— lo conminó a que se quedara? ? ?, sino que, además, pone en duda las adversidades que le impidieron a Duarte estar presente en el baluarte del Conde, la memorable noche en que se proclamó la República Dominicana<sup>20</sup>. Después del Dr. Sánchez y Sánchez ha habido otros miembros de tan distinguida familia que se han dedicado a "desmitificar" —eso dicen— la figura de Duarte, pero con el evidente propósito de sustituirla con la de su insigne ascendente, el general Francisco del Rosario Sánchez. Por fortuna, estos alegatos emanados de los últimos estertores de lo que he convenido llamar *sanchismo antiduartista*, nada nuevo aportan a la antología difamatoria del Patricio que ha sido escrita con capítulos de manufactura santanista y baecista.

Jamás habrá consenso general acerca de la indiscutible proceridad sin manchas del insigne Juan Pablo Duarte. Y siempre habrá alguien quien manifieste discordancia respecto de la forma en que se venera al ilustre Fundador de la República Dominicana. A pesar de ello, siempre imperará la idea, de sólidos fundamentos históricos, de que Duarte, el fundador de La Trinitaria, de la Filantrópica y la Dramática; el que más se destacó en la revolución de marzo de 1843; el que visitó pueblos en busca de adeptos; el que en 1843 fue perseguido a muerte por Herard obligándolo a abandonar la isla; el que continuó recibiendo en el exilio comunicaciones de sus seguidores a fin de acordar los pormenores del memorable grito independentista; el que fue enviado a buscar por la Junta Central Gubernativa y cuyo nombre fue pronunciado en la gloriosa Puerta del Conde inmediatamente después del lema sacrosanto DIOS, PATRIA y LIBERTAD; el único vocal de la Junta que con una honradez a toda prueba se opuso a la enajenación de la península de

Samaná; el mismo que los pueblos del Cibao, por iniciativa de Mella, proclamaron Presidente de la República para contrarrestar el creciente poder de Santana; el que fue reducido a prisión y acusado de reo de lesa patria; el que durante dos decenios anduvo errabundo por las selvas del Apure; el que en 1864, tras conocer que su obra había muerto, regresó al país a luchar por la restauración de la República; el que en esa hermosa pieza del patriotismo dominicano como lo es la epístola del 7 de marzo de 1865, que debería estar grabada con letras de oro en el arco triunfal de la Patria, expresó que siempre protestaría contra la anexión de la República Dominicana a los Estados Unidos y a cualquier otra potencia de la tierra y a la vez contra cualquier tratado que tendiese a menoscabar en lo más mínimo la independencia nacional y cercenar el territorio o cualquiera de los derechos del pueblo dominicano; ése Duarte, exégeta y revolucionario cabal, que supo estar a tono con las ideas más avanzadas de su época, jamás descenderá al miserable fango en que le quieren sumergir sus denostadores.

Porque cada día que transcurre, los verdaderos dominicanos que estudien al hombre en la plenitud del contexto histórico en que se desarrolló, tendrán que reconocer que poseyó grandes dotes de conductor de pueblos y virtudes de un genuino Padre de la Patria.

Duarte, en su época, no sólo fue un revolucionario en todo el sentido de la palabra; sino que, además, fue un intelectual preocupado por su pueblo y un verdadero humanista. Por consecuencia, deber cívico y patriótico es el estudio del pensamiento duartiano, cuya esencia nacionalista aún no ha perdido vigencia. Porque no cabe dudas de que todo cuanto fluyó en su pluma y todo cuanto en el campo de la práctica realizó ese “hombre singular que nos dio —de acuerdo con don Vetilio Alfau Durán— el don supremo de una patria, encierra una profunda enseñanza”.

## NOTAS

1. General Máximo Gómez: *Carta a Manuel de Js. de Peña y Reynoso* agosto 10, 1894. Cf. *Papeles Dominicanos de Máximo Gómez*, Emilio Rodríguez Demorizi, Ed. Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, R.D.
2. Manuel Arturo Peña Battle: *Emiliano Tejera*. Librería Dominicana, Santo Domingo, 1950.
3. Cf. Vetilio Alfau Durán: *Planes que precedieron al 27 de febrero de 1844*. Clío, órgano de la Academia Dominicana de la Historia, No. 133, Santo Domingo, R.D. 1977, año XLV.

4. Se ha sostenido caprichosamente que el Patricio no tenía que haber abandonado la isla en ese entonces, y que consecuentemente salió por su propia voluntad. Es decir, que huyó del país. No obstante, numerosos documentos de irrecusable veracidad demuestran todo lo contrario: que la persecución de Duarte por las autoridades haitianas fue la más encarnizada y que fue debido a esa circunstancia que el Maestro tuvo que abandonar la isla. Cf. mi artículo *¿Huyó Duarte del País en 1843?*, Listín Diario, noviembre, 1980. También: Rosa Duarte, *Apuntes...* Instituto Duarteano, Vol. I, Santo Domingo, R.D. 1970.
5. El profesor Juan Bosch ha sostenido que el Estado dominicano no nació el 27 de febrero de 1844 sino en noviembre de ese mismo año cuando se constituyó el gobierno de Pedro Santana. Sobre el surgimiento del Estado hay diversas teorías que deben tomarse en cuenta. Vladimir Ilich Lenin escribió que "Hubo un tiempo en que el Estado no existía. Este aparece en el lugar y en la época en que surge la división de la sociedad en clases, cuando aparecen los explotadores y los explotados". Ver: *Acerca del Estado*, Obras Escogidas, Vol. III, pág. 268. Editorial Progreso, Moscú, 1966. De acuerdo con el marxismo, el Estado surge en una época histórica determinada en la que el desarrollo de las fuerzas productivas y de los medios de producción de los bienes materiales produjeron una división antagónica e irreconciliable de clases sociales. Es decir que el Estado fue producto del crecimiento económico de la sociedad. Henry Lefebvre, por su parte, pone de relieve que en Europa, el Estado capitalista propiamente dicho fue precedido por el crecimiento económico; y que no ocurrió lo mismo con los países llamados subdesarrollados cuya característica primordial es la dependencia de naciones altamente desarrolladas. La constitución del Estado en estos países, por obra del coloniaje, precedió al crecimiento económico. Así, mucho antes de que los países subdesarrollados iniciaran su proceso de industrialización, ya tenían un Estado. Cf. *Los Marxistas y la Noción del Estado*. Colec. Ideas de Hoy. Buenos Aires, 1968. El Estado dominicano —según un reputado jurista— nació real y efectivamente con el pronunciamiento contra el dominio haitiano en 1844 y la proclamación de la República Dominicana... Véase Manuel A. Amiama: *Notas sobre Derecho Constitucional*. Editora Montalvo. Ciudad Trujillo, 1954.
6. José Gabriel García: *Compendio de la Historia de Santo Domingo*, Edición de la Sociedad Dominicana de Bibliófilos, II Vols.
7. Emiliano Tejera: *Exposición al Congreso*, Santo Domingo, 1894.
8. El movimiento del 9 de junio de 1844 al que generalmente se alude como el primer golpe de Estado revolucionario que registra nuestra historia política (Cf. Julio G. Campillo Pérez: *El Grillo y el Ruiseñor*, Santo Domingo, R.D., 1969), fue en realidad organizado por Duarte para impedir que los conservadores subvirtieran la nacionalidad y trocaran el joven Estado dominicano por una colonia francesa. Véase interesantes consideraciones en Carlos Federico Pérez: *El Pensamiento y la Acción en la Vida de Juan Pablo Duarte*. Premio Interamericano de la OEA, 1979.
9. Emiliano Tejera: *Ibid.*
10. Impreso. Hoja Suelta con el siguiente pie: Imprenta *Nacional*. Santo Domingo. Reprod. por Emilio Tejera en *Clío*, No. 21, mayo-junio, 1936, pág. 68.
11. *Discursos de Bobadilla*, Emilio Rodríguez Demorizi, Ed. Impr. J. R. García, Sucs., S.D., 1938. Ver, además, *Discursos Históricos y Literarios*, Imp. San Francisco, S.D., 1947.
12. *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo*, Vol. I, Edición y Notas de Emilio Rodríguez Demorizi. Archivo General de la Nación, Vol. I., Ciudad Trujillo, R.D. 1944.
13. Emiliano Tejera: *Op. Cit.*
14. Cf. Carta de Duarte al vicepresidente del gobierno restaurador, General Ulises Espaillat, en el *Diario de Rosa Duarte*.

15. Rosa Duarte: *Apuntes...*
16. Ver mi libro: *Aclaraciones Históricas de Santo Domingo*, Editora Cosmos, Santo Domingo, 1977.
17. Mariano Antonio Cestero: *El 27 de Febrero de 1844*. Santo Domingo, 1900.
18. Rafael Abreu Licairac: *Consideraciones Acerca de Nuestra Independencia y sus Prohombres*, Santo Domingo, Imp. Cuna de América, 1894.
19. Cf. *Cuál fue el Verdadero Origen del Cisma Provocado por los que se opusieron a la estatua de Duarte*, Leonidas García Lluberes, en *Crítica Histórica*, Academia Dominicana de la Historia, Vol. XVI, Editora Montalvo, S.D. 1964.
20. Carlos Sánchez i Sánchez: *Los Tres Duarte*. Revista ¡Ahora! , 1969.